

SEGURIDAD EN EL MEDITERRÁNEO. LA RESPUESTA DE EUROPA

Pedro Moya Milanés
Diputado del PSOE.

Aspectos conceptuales

Es sabido hoy que hablar de seguridad es hablar de algo más extenso que la mera referencia a las implicaciones de naturaleza militar.

El concepto de seguridad, imperante en la posguerra fría y de plena vigencia en la actualidad, asume no sólo los aspectos militares y geoestratégicos tradicionales, sino también los riesgos para los intereses vitales originados por inestabilidades, políticas, económicas y sociales, por disputas fronterizas, por tensiones étnicas o religiosas, por demografía o por el acceso a recursos naturales.

En esta nueva formulación, los sectores más críticos han querido ver una búsqueda de nuevos adversarios que justifiquen las estructuras defensivas existentes, mientras que, opiniones más realistas insisten en la necesidad de hacer frente a unos factores de riesgo interdependientes con respuesta de naturaleza colectiva de carácter cooperativo.

Si esto es así a niveles de seguridad global, mucho más lo es cuando descendemos a niveles regionales, y en concreto a la cuenca mediterránea. De ahí que el enfoque necesariamente tenga que ser multidimensional. Un reciente artículo de Björn Möller (UNISCI, *papers* número 1) analiza en profundidad el tema.

Si queremos adentrarnos un poco más en el terreno conceptual, algo debemos decir sobre las diferentes dimensiones del concepto de seguridad.

En su «dimensión política», la seguridad abarca diferentes aspectos, algunos de los cuales se refieren a la relación entre el Estado y sus ciudadanos y otros tienen que ver con los aspectos políticos de las relaciones internacionales.

En este contexto, la seguridad está más vinculada a estabilidad democrática y a equilibrio de poderes. Sin caer en la tesis simplista de que las democracias son todas pacíficas y de que no libran batallas de agresión contra otras democracias, tendremos que convenir que Estados fuertes y sólidamente afianzados en instituciones arraigadas son, de un lado, más seguros para sus ciudadanos y a la vez también garantizan mejor unas relaciones interestatales pacíficas. Entre otras razones, porque tienden a colectivizar su seguridad precisamente imbricándose en instituciones defensivas comunes con sus Estados vecinos.

La «dimensión económica» de la seguridad puede entenderse en dos aspectos. Bien puede ser concebida como el necesario cimiento económico del poder militar; o bien ser considerada como una dimensión de la seguridad en sí misma.

Atendiendo a esta última referencia, hay autores como Klaus Knorr que opinan que el poder económico de una nación inevitablemente constituye una amenaza latente para sus adversarios, y de ahí la conveniencia de no contribuir al desarrollo económico de los adversarios o enemigos. Esta tesis, muy extendida en Estados Unidos

en el período de guerra fría, aparte de chocar con los postulados liberales del mercado abierto, ha dejado de tener vigencia sobre todo desde la caída del comunismo y de la confrontación entre bloques.

Pero además, una aproximación globalizada a las relaciones interregionales lleva a la conclusión de que la mejor vía para no sentirse amenazado por la debilidad explosiva de terceros es la de contribuir mediante la cooperación a un desarrollo equilibrado. La pobreza es el caldo de cultivo de la desesperación y ésta la antesala de la amenaza.

En cuanto a la relación entre gasto en defensa y riqueza nacional, el escenario mundial, y el Mediterráneo, presentan variedad de situaciones: Estados sólidos con un gasto acorde a su potencialidad económica, otros más retrasados en esta relación y otros desorbitados a la inversa, al haber sobredimensionado sus gastos militares en relación a sus posibilidades de desarrollo económico.

Sin tratar de establecer ninguna máxima, soy de la opinión que hoy por hoy el respeto internacional que los Estados se atribuyen entre sí, guarda estrecha relación con la capacidad defensiva y de seguridad que se es capaz de aportar.

Naturalmente que también otros factores son decisivos a la hora de otorgar crédito internacional, tales como fortaleza económica, solidez política y capacidad diplomática desplegada de manera efectiva y continuada.

La «dimensión social» de la seguridad nos conduce en última instancia a la percepción subjetiva individual de la misma. Arnold Wolfers afirma que:

«Seguridad, en un sentido objetivo, mide la ausencia de amenazas a valores adquiridos, y en un sentido subjetivo, la ausencia de temor de que tales valores puedan ser atacados».

Sin entrar en un reduccionismo individualista, el debate sobre la dimensión social de la seguridad está en estrecha relación con el de la percepción diferenciada entre amenazas y riesgos y sobre todo con el de los factores desencadenantes de dichas situaciones de riesgo: nacionalismo, luchas étnicas, fundamentalismos, etc.

La actualidad de dicho debate en Europa viene ilustrada tanto por el conflicto yugoslavo, como por el estado de latente inestabilidad de muchos países de la cuenca mediterránea.

Otro aspecto a considerar sería el del reflejo en la opinión pública de los problemas de seguridad, las diferentes percepciones de amenazas o riesgos que los ciudadanos reciben de su entorno, los efectos de la distensión y de la ruptura bipolar en la relajación de las urgencias militaristas, la dificultad para aproximarse a conceptos como seguridad compartida o seguridad colectiva en el escenario internacional, la presión de los movimientos de insumisión o de objeción y su influencia en el desarraigo psicológico de determinados sectores sociales..., etc.

Finalmente también puede hablarse de una «dimensión medioambiental o ecológica» de la seguridad.

Al menos hay dos sentidos en los que el entorno puede ser subsumido bajo una noción expandida de seguridad; uno, en cuanto a que los problemas de medio ambiente puedan ser directamente causados por la guerra; otro, en cuanto que el conflicto derive precisamente de problemas de entorno ambiental, tal como la escasez de suministro de agua entre Estados que comparten una misma cuenca fluvial, como ocurre en Oriente Medio, y que es causa directa de fricción y tensión.

Seguridad en el Mediterráneo Occidental.

Factores de riesgo

Ante todo hay que considerar que no existe una aproximación homogénea a las cuestiones de seguridad en el Mediterráneo Occidental. No es igual la percepción de amenaza o riesgo sentida desde la orilla norte o desde la orilla sur del Mediterráneo.

Para el Sur esta percepción procede de la superioridad militar, desarrollo doctrinal y cambios en la operatividad militar.

Para el Norte, los riesgos están más ligados a la percepción de inestabilidad que emanan los países del norte de África, envueltos en graves problemas socio-económicos, demográficos y culturales, sin despreciar algunos riesgos puntuales de naturaleza estrictamente militar.

El Mediterráneo constituye una línea divisoria entre dos mundos diferenciados en todos los órdenes.

El desequilibrio económico entre ambas orillas genera importantes flujos migratorios de Sur a Norte. Según estimaciones de las Naciones Unidas, el enorme crecimiento demográfico en el Magreb —no menor del 3%— hará que de los 63 millones de habitantes de 1990 se pase a 142 millones en el año 2025.

Mientras tanto, la población de los Doce está creciendo a una tasa del 0,8%. En el 2025 la población de la Unión Europea (UE) será de 326 millones.

Sería necesario crear más de seis millones de empleos en el Magreb para absorber toda su población activa, lo cual es a todas luces inalcanzable. En Europa, la situación de recesión económica no permite albergar un futuro esperanzador. De hecho la UE se está moviendo hacia una política de inmigración más restrictiva (Francia y España).

En este sentido, no cabe otra respuesta desde Europa que la del fomento de una cooperación que hasta la fecha se revela insuficiente.

La deuda externa se revela como la mayor carga en 1993. «La Política Mediterránea Renovada» incluye cierto apoyo para programas de ajuste estructural, emprendido en combinación con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, pero plantea serios problemas para la mayoría de los países, especialmente en Argelia.

Si repasamos someramente la contribución europea en los países de la Unión del Magreb Árabe (UMA), concluiremos en la necesidad de su refuerzo.

Argelia

Recibió 504 millones de ecus de ayuda financiera en el período 1978-1991, una suma modesta. En la actualidad, las rentas derivadas de las explotaciones de crudo y gas serán insuficientes para reembolsar una deuda externa de 25 billones de dólares.

En 1992 la Comunidad Económica (CE) suspendió la ayuda de 150 millones de ecus para apoyar las reformas económicas. Los cambios políticos en el país han ido alterando la entrega de parte de las cantidades asignadas, las cuales se han condicionado al cumplimiento de las exigencias del FMI.

Marruecos

Recibió la suma de 653 millones de ecus en cooperación financiera en el período 1978-1991; las prioridades eran desarrollo agrícola y programas pesqueros. En 1992,

el Parlamento Europeo impuso un bloqueo de la ayuda como sanción a la política de derechos humanos, que finalmente fue levantado.

Hay que señalar que casi el 10% de la mano de obra marroquí está empleada en el extranjero, y el 80% de ella en la CE.

Túnez

Está tratando de negociar un acuerdo de asociación con la CE que conduzca eventualmente a una zona de libre mercado tal como Marruecos está haciendo.

Túnez recibió 458 millones de ecus entre 1978 y 1991. La mayor preocupación tunecina en su relación con Bruselas ha sido el importante déficit comercial.

Sin embargo, su liberalizada economía ha cubierto parte de los problemas de la deuda y ha roto cierto aislamiento experimentado por las aparentes simpatías hacia Irak durante la guerra del Golfo.

Mauritania

Basa sus relaciones con Bruselas en la Convención de Lomé para África, Caribe y Pacífico. Mauritania recibió 237 millones de ecus entre 1975 y 1990 especialmente para proyectos agrícolas, de salud y de infraestructuras. Además ha recibido fuera del marco de Lomé otras ayudas adicionales, para ayuda alimentaria y de emergencia. En materia pesquera, en 1993 se ha firmado un acuerdo de pesca que incluye 26 millones de ecus de ayuda financiera.

Libia

En la actualidad, sufre el embargo de las Naciones Unidas (resoluciones 731 y 748) impuesto en abril de 1992 por el *affaire* Lockerbie. En todo caso, el embargo de petróleo ha sido mínimo a causa de la rentabilidad y necesidad del mismo para el mundo occidental.

Si tuviéramos que extraer algunas conclusiones sobre la naturaleza de la contribución financiera europea al desarrollo del área magrebí, en línea con las consideraciones de Carlos Echeverría en su trabajo sobre las relaciones entre la CE y los países de la UMA, habría que afirmar:

1. Políticamente, el este europeo, y más recientemente el proceso de paz para israelo-palestino atraen de manera prioritaria la actuación europea.
2. El Magreb no es una prioridad para la CE en la estructura de la ayuda financiera. Veinte años después del establecimiento de «la Política Mediterránea Global», la ayuda europea sólo alcanza al 17% del total recibido por el área.
3. Las aspiraciones de Marruecos, la necesidad de reformas económicas en Argelia, los problemas de la economía tunecina, la marginalidad de Mauritania, la sensibilidad del *affaire* libio, han sido barreras en la política global europea hacia los países de la UMA.
4. La CE se ha mostrado impotente ante los desafíos de la deuda y de la emigración.
5. A pesar de todo, conviene consolidar el marco 5+5 como el foro de diálogo más adecuado para una política de cooperación. La CE expresó esta idea en junio de 1992 mediante la Declaración del Consejo Europeo sobre Europa y el Magreb.
6. Europa debería tratar de encontrar un equilibrio entre el compromiso hacia el Este y su obligación de ayudar a los países de la cuenca mediterránea, que

están enfrentando serios problemas económicos y sociales. Aunque la CE totaliza aproximadamente dos tercios del mercado exterior de la UMA, ésta sólo totaliza el 3,8% de las importaciones de la CE y el 3,3% de sus exportaciones (1990).

7. La cooperación en el Mediterráneo es un elemento de la diplomacia preventiva. Es necesario una aproximación política y económica a través de instituciones competentes. Más globalmente, el diálogo cultural es crecientemente relevante a la vista del auge de la actividad islámica en el Magreb.

Decíamos en la introducción que el factor político y el socio-cultural están vinculados estrechamente a la seguridad de una región.

En este sentido el área del Magreb está marcada por el auge de los movimientos islámicos y consecuentemente por la respuesta que dos diferentes gobiernos proyectan sobre dicho problema.

La victoria del Frente Islámico de Salvación (FIS) en las elecciones generales argelinas entre diciembre de 1991 y enero 1992, su subsiguiente prohibición y represión, además de la extensión de los ataques terrorista en Argelia y Egipto durante 1993 y 1994, levantan serias preocupaciones sobre la estabilidad de los países del norte de África.

Ha habido siempre integristas musulmanes, es decir grupos y personas que predicán una estricta conformidad de las conductas individuales con la letra del Corán. Por el contrario, lo que es nuevo es el auge de los movimientos que defienden un proyecto político fundado sobre el islam, en tanto que el mensaje de los integristas tradicionales se situaba sobre el plano de la ética personal y la espiritualidad.

Varios términos son utilizados para descubrir el auge de estos movimientos: renacimiento islámico, islam político, integrismo o fundamentalismo islámico, islamismo, etc. Los mismos expertos no llegan siempre a ponerse de acuerdo en las definiciones.

Los movimientos políticos islamistas presentes en África del Norte pertenecen a dos grandes categorías. Hay en primer lugar una amplia mayoría de organizaciones musulmanas que buscan reformar sus sociedades y sistemas políticos en el sentido de los valores coránicos, especialmente a través de la reforma de los comportamientos personales y por la acción socio-económica local (ayuda al alojamiento, transporte, educación, desarrollo de la pequeña empresa, asistencia a personas desheredadas...).

Son los «islamistas moderados». El segundo grupo comprende movimientos revolucionarios, a menudo calificados de «extremistas» o de «radicales». Estos últimos representan una fracción de la población menos importante que las grandes organizaciones islámicas, pero por sus acciones violentas y su retórica incendiaria, son ellos quienes se encuentran en el centro de atención de la prensa y los responsables políticos.

La frontera entre islamistas moderados y radicales es con frecuencia fluida, tanto más cuanto que algunos grupos pueden exigir una aplicación muy rigurosa de la *charia*, sin tener pretensiones políticas en tanto que otros están dispuestos a hacer compromisos sobre los principios con tal de acceder al poder más pronto.

Islamistas moderados y radicales coinciden en la crítica de la corrupción de las autoridades de su país y en el rechazo de los valores occidentales, ya sean de origen socialista o liberal. En gran parte, el islamismo sirve de ideología de sustitución al fracaso del panarabismo y del modelo de desarrollo socialista y de alternativa a la

ideología occidental, vista como una forma de imperialismo destructor de los valores del islam.

La politización del islam ofrece un cuadro global de puesta en orden de la sociedad y del gobierno y aparece como la única alternativa viable al conjunto de esas doctrinas. Su valor movilizador es tanto más fuerte cuanto que el islam es, en la mayor parte de los países musulmanes, la noción fundamental que define la identidad del grupo, por oposición al origen étnico, la lengua, o el país en que se habite. El islamismo comporta una fuerte componente mítica, idealizando la vida y la organización de la comunidad fundadora de la religión musulmana alrededor del profeta Mahoma y la Medina.

El islam prospera sobre un fondo de crisis política y económica. En primer lugar existe una crisis de confianza en las elites políticas y económicas que con frecuencia han aparecido más interesadas en mantenerse en el poder y preservar sus privilegios que en mejorar la suerte de la población.

La crisis es especialmente aguda porque dichas elites están occidentalizadas o visiblemente influenciadas por valores externos al islam.

En segundo lugar hay una seria crisis económica ligada en algunos países (Argelia y Egipto) al fracaso de un modelo de desarrollo que dio prioridad a grandes industrias y a la intervención del Estado a costa de los agricultores, la empresa privada y el desarrollo de las clases medias.

Incluso en aquellos países que se abrieron a otros y adoptaron esquemas más liberalizadores en la economía (Marruecos y Túnez) la crisis económica es profunda y está abriendo las puertas a una mayor penetración del radicalismo islámico.

La mayor parte de los analistas concuerdan que el islamismo es incapaz de responder a los males de la sociedad que denuncia. Sin embargo ese no es el problema. Lo importante es que ha canalizado magistralmente el descontento de las causas sin empleo, sin vivienda adecuada, sin perspectivas profesionales, exasperados por la corrupción e irritados por la inactividad de las autoridades.

Los países europeos pueden sentirse amenazados por el desarrollo del islam político atendiendo a tres aspectos:

1. La hostilidad de los movimientos islámicos, y más particularmente en su versión revolucionaria, a los valores occidentales suscita el temor de ver a estos grupos recurrir cada vez más a la violencia contra los ciudadanos o instalaciones de países miembros de la Alianza.
2. Numerosos dirigentes políticos occidentales tienen la impresión de que los grupos islamistas puedan comprometer la confianza de las masas en la democracia.
3. La escalada de violencia y contra-violencia podría desencadenar un mayor flujo de refugiados o emigrantes hacia Europa.

En la práctica, la mayor parte de los países de la Alianza han reaccionado al auge del islamismo, expresando su temor a una «iranización» de África del Norte, y aprobando tácitamente la represión emprendida por los gobiernos respecto a los movimientos islámicos.

Apenas han reaccionado cuando el presidente tunecino Ben Ali abandonó su promesa de instaurar una democracia multipartidista y ha rehusado otorgar a *En Nahda* el estatuto de partido político oficial. Asimismo cuando el proceso democrático naciente fue aplastado por los militares en Argelia en razón de una inminente victoria electoral del FIS en las elecciones legislativas, ningún murmullo de desaprobación o rechazo se hizo escuchar.

Divergencias sensibles de apreciación entre los países de la Alianza se hace sentir. Muy críticos en relación con el régimen argelino, Estados Unidos estaría dispuesto a contemplar la hipótesis de que un islamismo moderado, apoyado por Arabia Saudí, se instalará en este país. Francia, más próxima al Magreb por su geografía y su historia, después de un período de neutralidad favorable al FIS, ha tomado partido por el apoyo al Gobierno argelino frente a los islamistas. Con respecto a Marruecos, las divergencias también se aprecian. La reserva manifestada por Estados Unidos, que se traduce especialmente en el cese de la ayuda económica y militar americana a Rabat en 1993-1994, contrasta con la determinación de los países europeos del Sur a sostener al único país en quien confían para mantener una estabilidad respecto a Occidente en África del Norte. Tales divergencias deberían ser tomadas en serio por la Alianza.

Los riesgos de naturaleza militar y la respuesta europea

Mucha gente considera que el fin del conflicto Este-Oeste supone que el principal eje de tensión se ha desplazado al eje Norte-Sur.

Algunos consideran que este riesgo es sólo una ilusión o coartada para justificar el cambio de la política de seguridad de Occidente hacia el Sur.

Comparto la tesis de que una amenaza militar desde los países del sur del Mediterráneo hacia Europa no existe. No se da suficiente capacidad militar en el Sur que justifique esta amenaza. Pero ello no obsta a que deban tomarse en consideración diferentes elementos focales de tensión a los que cabe ofrecer alternativas y respuestas.

En un reciente artículo de Vicente Garrido sobre el estatus nuclear y de misiles balísticos en el Mediterráneo, el autor analiza la naturaleza y el alcance de dichos riesgos en el campo de la proliferación nuclear.

En el Mediterráneo Oriental, sólo Israel mantiene un claro monopolio nuclear, pero después del desmantelamiento del programa nuclear iraquí como consecuencia del final de la guerra del Golfo, hay serias preocupaciones respecto a Irán. En el Magreb, ni Argelia ni Libia son consideradas por el momento serias candidatas a la fabricación de armas nucleares. Los expertos consideran que dichos países tienen todavía un rudimentario grado de desarrollo nuclear para construir armas nucleares al menos en un período de diez años, aunque es evidente que trabajan sobre programas para obtenerlas.

Las estrategias de Libia por convertirse en un poder nuclear, después de muchas peripecias, no parecen haber conducido a alguna parte. Sus esfuerzos por adquirir armas nucleares, la construcción de una gran planta de armas químicas en Rabta y su adquisición de misiles balísticos de medio alcance tienen no obstante relevancia dado que el coronel Gaddafi podría intentar usar tales armas o transferirlas a países tales como Siria, Irán e Irak. Es muy probable que Libia continúe su búsqueda del arma nuclear, pero lo más preocupante en este momento es la posibilidad de combinar su avanzada capacidad química con la nuclear, especialmente en el desarrollo de los misiles de medio alcance.

Otro país preocupante es Argelia, que es observado como país sospechoso desde que inició un programa nuclear con la ayuda de China en 1983, y cuyo centro es el reactor nuclear de Aïn Oussera.

Marruecos podría estar preparado para iniciar un programa nuclear y Túnez está gradualmente interesada en la energía nuclear, pero no presentan aspectos preocupantes.

En cuanto al desarrollo de misiles balísticos, en el Mediterráneo Occidental sólo Libia y Argelia los tienen de corto alcance, aunque por el momento ni uno ni otro pueden alcanzar la costa Norte.

El arsenal libio no es en absoluto despreciable y convendrá seguir de cerca su desarrollo.

El uso de misiles balísticos durante la guerra del Golfo ha hecho patente la utilidad de desplegar un sistema defensivo (ABM) *Anti-Ballistic Missile* o (ATBM) *Anti-Tactical Ballistic Missile* como vía alternativa para enfrentar la proliferación de misiles balísticos.

Hasta el momento, ninguno de los países mediterráneos representa una seria amenaza para Europa pero la extensión de misiles de largo alcance a Libia, Irán o Irak podría modificar la situación.

A la vista de todo ello, parece importante reflexionar sobre la necesidad de establecer un sistema preventivo de seguridad para detener la proliferación de armas de destrucción masiva. Algunos analistas consideran conveniente establecer una «zona libre» de armas nucleares en el Mediterráneo Occidental ahora que todavía se está a tiempo de evitar la extensión de dichas armas, haciendo de la región del Magreb una especie de laboratorio que sirve de base para aplicar futuras medidas al Mediterráneo Oriental.

No hay que olvidar que las «medidas de confianza» que deban adoptarse no deben limitarse exclusivamente al campo nuclear sino que deben extenderse al campo químico y biológico, estrictamente conectado con el nuclear especialmente en la proliferación de misiles balísticos.

La proliferación constituye el principal riesgo militar. Es importante que los países mediterráneos sean conscientes de que Occidente puede reaccionar con dureza, sea de manera preventiva, sea a los ataques del género de los efectuados contra Lampedusa.

En este sentido Europa debería dotarse de instrumentos operacionales y de información que le permitan reaccionar a una eventual proliferación, así como la puesta en práctica de medios de defensa contra misiles balísticos a través de un sistema europeo antimisiles que podría desarrollarse en cooperación con Estados Unidos.

La elaboración de un sistema eficaz de Cooperación y Seguridad en el Mediterráneo fundado ya sea sobre Medidas de Seguridad y Confianza (CSCM), ya sea sobre medidas estructurales de reducción de armamento, encuentra dificultades objetivas considerables. La aceptación del *status quo* constituye en realidad la premisa indispensable a todo acuerdo de seguridad colectiva. Sin embargo en el Sur la inestabilidad y la fragmentación son la norma. La solidaridad islámica juega entre pueblos pero no entre gobiernos, los cuales son nacionalistas y creen deberse los unos de los otros, así como de las amenazas exteriores a la región. Si Arabia Saudí se arma para defenderse de Irán, ésta aumenta automáticamente la amenaza respecto a Israel y así sucesivamente. A ello hay que añadir que un acuerdo global de seguridad en el Mediterráneo supone en definitiva la resolución del problema árabe-israelí.

Europa podría afrontar los problemas de seguridad en el Mediterráneo atendiendo a diversos frentes de acción:

- a) Establecimiento de una política coordinada en materia de inmigración que reduzca los efectos de la inmigración clandestina y establezca políticas de fija-

ción de las poblaciones en su origen, mediante ayudas de desarrollo cooperativo. Asimismo debe impulsarse el diálogo sobre temas de medio ambiente, transporte, comunicaciones y autosuficiencia alimentaria.

- b) Cooperación bilateral entre los países europeos y del norte de África orientada al desarrollo y al interés mutuo, en el terreno económico y político.
- c) Cooperación multilateral europea en el campo de la seguridad, la económica, la demográfica, el diálogo cultural. Un marco CSCM o similar debería relanzarse, especialmente ahora que el Mediterráneo Oriental se apuntan signos de arreglo del conflicto israelo-árabe.

Pero la cooperación no excluye la disuasión y por ello Occidente debe asegurarse la existencia de una capacidad de intervención y disuasión y salvaguardar la flexibilidad estratégica actual. En este contexto, lo esencial de la seguridad en el Mediterráneo no reside tanto en los medios de «proyección de fuerzas» cuanto en la disuasión respecto a la proliferación de misiles y armas de destrucción masiva.

Dado que ésta no podrá más que ser ralentizada y no definitivamente detenida, la creación de una fuerza de disuasión convencional, de una parte, y la iniciativa europea de una defensa antimisil, de otra, representan los componentes necesarios de la seguridad en el Mediterráneo, después del fin del período de la bipolaridad.

En conclusión, después de unos años 1990 y 1991 esperanzadores en el terreno de la actividad diplomática con iniciativas como la 5+5 y la CSCM, los años 1992 y 1993 han sido más negativos, debido en parte a la crisis libia por el asunto Lockerbie y al proceso de paz en Oriente Medio que ha hecho invernar la CSCM. A ello se ha añadido en el 1994 una nueva iniciativa de paternidad egipcia, «Foro Mediterráneo», todavía en fase de lanzamiento. Junto a esto se vienen desplegando iniciativas en base a propuestas y foros de diálogo sobre seguridad en el Mediterráneo en el marco UEO, CSCE y OTAN.

Independientemente de la necesidad de reactivación del marco 5+5, así como de la reconducción del «Foro Mediterráneo», debe mantenerse como objetivo final la convocatoria CSCM que se producirá una vez que se den las condiciones favorables para ello. De ahí que sea importante mantener el apoyo español a dicha iniciativa y aprovechar los distintos foros para recordar su virtualidad como estructura final de acompañamiento y seguimiento que garantice de manera global la seguridad y la cooperación en el Mediterráneo.